

LECTIO DIVINA

1 de junio 2025

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**Fiesta de San Juan Bautista SCALABRINI, “Padre de los migrantes”****Oremos por las vocaciones sacerdotales, especialmente para los Scalabrinianos.****Hech 1,1-11****Sal 46****Ef 1, 17-23****Lucas 24,46-53**

La solemnidad de la Ascensión de Jesús muestra, ante todo, cuál es la meta final de nuestro camino: la comunión con Dios, la Vida definitiva. Pero más allá de eso, recuerda a los discípulos de Jesús que mientras caminan por la tierra, tienen la responsabilidad de continuar la obra de Jesús y dar testimonio de la salvación de Dios.

En el Evangelio, Jesús resucitado se despide de los discípulos y les transmite su testimonio. Los discípulos, formados en la “escuela” de Jesús, tienen la misión de llevar el Evangelio a todas las naciones, anunciando el amor y la misericordia de Dios a todos los hombres. No estarán solos: Jesús les enviará, como ayuda, la promesa del Padre, el poder de lo alto, el Espíritu Santo. Este Espíritu les dará la fuerza necesaria para afrontar los obstáculos y les ayudará a discernir el camino que deben seguir.

La primera lectura repite el mensaje esencial de esta fiesta: Jesús, después de haber comunicado el proyecto del Padre a los hombres, ha entrado en la Vida definitiva de comunión con Dios, la misma vida que espera a todos aquellos que siguen el “camino” que recorrió Jesús. Los discípulos, testigos de la partida de Jesús, no pueden quedarse mirando al cielo; pero tienen que ir entre los hombres, sus hermanos, para continuar el proyecto de Jesús.

La segunda lectura invita a los discípulos a ser conscientes de la “esperanza” a la que están llamados: Vida llena de comunión con Dios. Es esta “esperanza” la que ilumina el horizonte de quienes forman parte de la Iglesia, “cuerpo” del que Cristo es la “cabeza”.

Hechos 1,1-11

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí acerca de todo lo que Jesús hizo y enseñó, hasta el día en que ascendió al cielo, después de dar sus instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido. A ellos se les apareció después de la pasión, les dio numerosas pruebas de que estaba vivo y durante cuarenta días se dejó ver por ellos y les habló del Reino de Dios.

Un día, estando con ellos a la mesa, les mandó: “No se alejen de Jerusalén. Aguarden aquí a que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que ya les he hablado: Juan bautizó con agua; dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”.

Los ahí reunidos le preguntaban: “Señor, ¿ahora si vas a restablecer la soberanía de Israel?” Jesús les contestó: “A ustedes no les toca conocer el tiempo y la hora que el Padre ha determinado con su autoridad; pero cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes, los llenará de fortaleza y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra”.

Dicho esto, se fue elevando a la vista de ellos, hasta que una nube lo ocultó a sus ojos. Mientras miraban fijamente al cielo, viéndolo alejarse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Galileos, ¿qué hacen allí parados, mirando al cielo? Ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse”. Palabra de Dios

AMBIENTE

El libro de los “Hechos de los Apóstoles” constituye la segunda parte de la obra de Lucas. Después de haber presentado, en la primera parte (el “*Evangelio de Jesucristo según Lucas*”), “el tiempo de

Jesús”, Lucas completa su trabajo presentando “el tiempo de la Iglesia”: es el “tiempo” en el que la propuesta de salvación de Dios es llevada al mundo por la comunidad de Jesús (la “Iglesia”), animada y guiada por el Espíritu Santo.

El libro de los Hechos aparece algún tiempo después del tercer Evangelio, a finales de la década de los ochenta del siglo primero. Está dirigido a las comunidades cristianas de lengua griega, probablemente comunidades surgidas a partir de la obra misionera de Pablo de Tarso. Se trata de comunidades que, en este momento, están viviendo algunas dificultades en su compromiso de fe: ha pasado la fase de espera de la inminente venida de Cristo glorioso para instaurar el “Reino” y hay una cierta decepción por que esta venida no se ha materializado; las cuestiones doctrinales causan confusión y conflictos internos; la monotonía favorece una vida cristiana sin compromiso... Resultado: desde hace tiempo las comunidades cristianas se están acomodando a la mediocridad, les falta entusiasmo y compromiso para construir y dar testimonio del Reino de Dios.

En los Hechos de los Apóstoles, Lucas quiere dejar claro que el proyecto de salvación que Jesús vino a presentar no puede quedar estancado. Hasta que Jesús regrese, son sus discípulos quienes deben seguir proponiendo la salvación de Dios al mundo. Deben ser, con alegría y entusiasmo, testigos de Jesús y de su Evangelio en todos los rincones de la tierra. Ésta fue la tarea que Jesús les encomendó cuando regresó al Padre.

El texto que la liturgia del Domingo de la Ascensión nos propone como primera lectura es precisamente el inicio del libro de los Hechos de los Apóstoles. Presenta la despedida de Jesús, su regreso al Padre y la encomienda de la misión a los discípulos.

La despedida de Jesús habría tenido lugar en Jerusalén, después de una comida con los discípulos (cf. Hch 1,4.9). En el Evangelio, Lucas es aún más explícito: fue en Betania, lugar situado en la cima del monte de los Olivos, justo enfrente de la ciudad de Jerusalén, donde Jesús se despidió de los discípulos y, ante su vista, ascendió al cielo (cf. Lc 24,50). Según el esquema teológico de Lucas, Jerusalén es el lugar donde irrumpe la salvación (según la mentalidad judía, es en Jerusalén donde el Mesías debe manifestarse y donde su propuesta liberadora debe realizarse en la vida de Israel), y también el lugar desde donde la salvación de Jesús sale al encuentro del mundo.

Hoy, en Jerusalén, una pequeña capilla octogonal, situada en la cima del Monte de los Olivos, conmemora la Ascensión de Jesús al cielo.

MENSAJE

Nuestro texto comienza con un prólogo (v. 1-2) que relaciona los “Hechos” con el 3er Evangelio, tanto en referencia al mismo Teófilo a quien está dedicado el Evangelio, como en alusión a Jesús, sus enseñanzas y su acción en el mundo (tema central del 3er Evangelio). Este prólogo presenta también a los protagonistas del libro de los Hechos: el Espíritu Santo y los apóstoles, vinculados a Jesús.

El prólogo también incluye una referencia a varias apariciones de Jesús resucitado a los discípulos a lo largo de cuarenta días antes de ascender al cielo. En aquel tiempo, Jesús preparó a los discípulos para la proclamación del Reino de Dios (v. 3). Evidentemente, el número cuarenta es simbólico: es el número que define el tiempo que necesita un discípulo para aprender y repetir las lecciones del maestro. Aquí define pues el tiempo simbólico de la iniciación en la enseñanza del Resucitado.

Después del prólogo, el autor de los Hechos entra inmediatamente en el tema de la despedida de Jesús a sus discípulos y hace referencia a las últimas palabras de Jesús antes de partir hacia el Padre (vs. 4-8). En estas palabras hay dos elementos que es importante destacar: la referencia a la venida del Espíritu y la referencia al testimonio que los discípulos estarán llamados a dar “*en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*”. Estos dos elementos definen los rasgos fundamentales del tiempo que se inicia con la partida de Jesús: será el tiempo de la Iglesia, el tiempo en el que el testimonio de la salvación será llevado por los discípulos, animados y guiados por el Espíritu, desde Jerusalén a Roma. En realidad, éste es el programa que Lucas presentará a lo largo del libro, puesto en boca de Jesús resucitado. El autor quiere mostrar con su obra que el testimonio y la predicación de la Iglesia tienen su raíz en el mismo Jesús.

El tema final es el de la ascensión de Jesús al cielo (v. 9-11). La descripción que hace el autor de los Hechos de los Apóstoles de la ascensión es bastante sobria; Pero, por supuesto, no es un relato factual de acontecimientos concretos. El pasaje debe ser interpretado de manera que, a través de los símbolos, el mensaje aparezca con total claridad.

Tenemos, en primer lugar, *la elevación de Jesús al cielo* (v. 9a). No estamos hablando de una persona que literalmente despegue de la tierra y comienza a elevarse hacia el cielo; estamos en un contexto teológico (quien narra la historia no es el “reportero”, sino el “teólogo”): la ascensión es una manera de expresar simbólicamente que la exaltación de Jesús es total y alcanza dimensiones supraterráneas; es la manera literaria de describir la culminación de una vida vivida para Dios, que ahora vuelve a entrar en la gloria de la comunión con el Padre.

También tenemos *la nube* (v. 9b) que oculta a Jesús de los ojos de los discípulos. Situada a medio camino entre el cielo y la tierra, la nube es, en el Antiguo Testamento, un símbolo privilegiado para expresar la presencia de lo divino en la vida de los hombres (cf. Ex 13,21.22; 14,19.24; 24,15b-18; 40,34-38). Al mismo tiempo, la nube esconde y revela: sugiere el misterio del Dios escondido y presente, cuyo rostro el Pueblo no puede ver, pero cuya presencia adivina en los accidentes del camino. Cielo y tierra, presencia y ausencia, luz y sombra, divino y humano, son dimensiones sugeridas aquí respecto a Cristo resucitado, elevado a la gloria del Padre, pero que sigue caminando con los discípulos.

Todavía tenemos a los *discípulos mirando al cielo* (v. 10a). Significa la espera de la comunidad de Jesús que, a lo largo de su peregrinar en la tierra, espera siempre la vuelta de Cristo para consumir el proyecto de liberación del hombre y del mundo.

Por último, tenemos a los dos hombres vestidos de blanco que interrogan a los discípulos de Jesús (v. 10b). White sugiere el mundo de Dios, lo que indica que su testimonio proviene de Dios. Invitan a los discípulos a continuar en el mundo, animados por el Espíritu, la obra liberadora de Jesús; Ahora, es la comunidad de los discípulos la que debe continuar, en la historia, la obra de Jesús, aunque con la esperanza puesta en la segunda y definitiva venida del Señor.

ACTUALIZACION

* La ascensión de Jesús debe verse en el contexto de toda su vida. Vino al encuentro de los hombres, caminó entre ellos, buscó vivir en fidelidad al plan del Padre, pagó con su propia vida su compromiso en la construcción del Reino de Dios. Pero Dios no permitió que el mal triunfara y liberó a Jesús de la esclavitud de la muerte; y Jesús, glorificado por Dios, entró definitivamente en la gloria del Padre. Contemplando la ascensión de Jesús, nos damos cuenta de cuál es la meta de nuestro camino: la Vida plena con el Padre. No caminamos hacia el vacío, hacia la nada, sino que caminamos hacia la Vida definitiva en los brazos de Dios, como Jesús. ¿Somos conscientes de esto? ¿Esta conciencia alimenta nuestra entrega, nuestro compromiso, nuestra fidelidad al plan de Dios?

* Es muy significativo que la “partida” de Jesús aparezca asociada al envío de los discípulos. Jesús, cumplida su misión, fue al Padre; pero lo que Él comenzó no está terminado. Ahora la misión que el Padre había confiado a Jesús pasa a manos de sus discípulos. Como Jesús, ellos tienen la tarea de salir al mundo para sanar, dar Vida, luchar contra el sufrimiento y la muerte, y dar testimonio de la salvación de Dios con palabras y gestos. «*serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los últimos rincones de la tierra*»», les dijo Jesús al partir hacia el Padre. ¿Nos sentimos “misioneros” de Jesús en nuestro mundo, mensajeros de la salvación de Dios dondequiera que la vida nos lleve?

* Jesús aseguró a sus discípulos que recibirían un poder, el del Espíritu Santo, que les permitiría ser testigos de la salvación de Dios en toda la tierra. Esta es una “promesa” decisiva. No estamos solos, abandonados a nuestro propio destino, a nuestras decisiones falibles, a nuestros miedos y contradicciones. A través del Espíritu, es Jesús mismo quien nos acompaña, quien nos guía, quien nos da fuerza para llevar a cabo la misión. ¿Somos conscientes de la presencia del Espíritu en nuestras vidas y en la vida de nuestras comunidades cristianas? ¿Buscamos escuchar al Espíritu y discernir los desafíos que Dios nos trae?

* ¿Por qué miras al cielo así? – preguntan los “dos hombres vestidos de blanco” a los discípulos de Jesús después de la ascensión. A menudo escuchamos que los seguidores de Jesús pasan demasiado tiempo mirando al cielo y descuidan su compromiso de transformar el mundo. ¿Estamos, de hecho,

atentos a los problemas y a las angustias de los hombres, o vivimos con la mirada fija en el cielo, en un espiritualismo alienado? ¿Nos sentimos interpelados por las preocupaciones, miserias, sufrimientos, sueños y esperanzas que llenan el corazón de quienes nos rodean? ¿Sentimos solidaridad con todos los hombres, especialmente con aquellos que sufren?

SALMO 46

R. Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya.

Aplaudan, pueblos todos,
aclamen al Señor, de gozos llenos;
que el Señor, el Altísimo, es terrible
y de toda la tierra, rey supremo. R.

R. Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya.

Entre voces de júbilo y trompetas,
Dios, el Señor, asciende hasta su trono.

Cantemos en honor de nuestro Dios,
al rey honremos y cantemos todos. R.

R. Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya.

Porque Dios es el rey del universo,
cantemos el mejor de nuestros cantos.

Reina Dios sobre todas las naciones
desde su trono santo. R.

R. Entre voces de júbilo, Dios asciende a su trono. Aleluya

Efesios 1,17-23

Hermanos: Pido al Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, que les conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerlo.

Le pido que les ilumine la mente para que comprendan cuál es la esperanza que les da su llamamiento, cuán gloriosa y rica es la herencia que Dios da a los que son suyos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros, los que confiamos en él, por la eficacia de su fuerza poderosa.

Con esta fuerza resucitó a Cristo de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, por encima de todos los ángeles, principados, potestades, virtudes y dominaciones, y por encima de cualquier persona, no sólo del mundo actual sino también del futuro.

*Todo lo puso bajo sus pies y a él mismo lo constituyó cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, y la plenitud del que lo consuma todo en todo. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

Éfeso era una ciudad situada en la costa de Jonia, a unos tres kilómetros de la moderna Selçuk, provincia de Esmirna, en la actual Turquía. Durante la época romana se convirtió en la segunda ciudad del imperio, después de Roma. Fue famosa por el Templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo antiguo, y por su enorme teatro, con capacidad para unos 25.000 espectadores. También fue conocida por la excelencia de sus escuelas filosóficas, su vida cultural y por ser el principal centro comercial del Mediterráneo.

Pablo pasó por Éfeso durante su tercer viaje misionero y permaneció en la ciudad durante un largo período de tiempo (más de dos años, según Hechos 19:10). Reunió en torno a sí un número considerable de personas convertidas al “*Camino*” (Hch 19,9.23); Y así, alrededor de su predicación y de su testimonio, se desarrolló una gran y entusiasta comunidad cristiana. A los ancianos de la Iglesia de Éfeso Pablo confió, en Mileto (cf. Hch 20, 17-38), su testamento espiritual, apostólico y pastoral antes de partir hacia Jerusalén, donde acabaría encarcelado. Todo esto sugiere una relación muy estrecha entre Pablo y la comunidad cristiana de Éfeso. Curiosamente la Carta a los Efesios no refleja esta relación.

De hecho, la carta está escrita en un tono impersonal, sin referencias a personas o circunstancias específicas. Parece extraño que Pablo, después de pasar un tiempo relativamente largo en Éfeso, escribiera una carta sin revelar la estrecha relación que lo unía a los efesios. Algunos dudan, por este motivo, de la autenticidad paulina de la Carta a los Efesios; pero otros consideran que el texto que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de “Carta a los Efesios” podría ser una de las copias de una “carta circular” enviada a varias iglesias de Asia Menor (también a la Iglesia de Éfeso), en un momento en que Pablo estaba en prisión, quizás en Roma. Ahora bien, una carta así no podía ser una carta muy personal.

Tíquico, el portador de la carta, la habría distribuido entre las iglesias de la zona. Probablemente estaríamos en los años 58/60.

El tema central de la Carta a los Efesios es el plan salvífico de Dios (lo que Pablo llama ***“el misterio”***): definido desde toda la eternidad, permaneció oculto a la comprensión de los hombres durante siglos, hasta que fue dado a conocer en Jesús y revelado a los apóstoles. El plan salvífico de Dios se realiza ahora en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, sacramento de salvación, donde judíos y paganos se encuentran y viven en unidad.

El texto de la Carta a los Efesios que se nos propone como segunda lectura de este Domingo de la Ascensión, forma parte de la primera parte de la carta, que reflexiona sobre el “Misterio” de Cristo y de la Iglesia (cf. Ef 1,3-3,21). Al himno de alabanza a Dios por su designio de salvación, realizado en Cristo (cf. Ef 1, 3-14), sigue la acción de gracias por la fe de los efesios y por la caridad que manifiestan hacia todos sus hermanos en la fe (cf. Ef 1, 15-23).

MENSAJE

Los efesios (así como los demás creyentes a quienes se dirige esta “carta circular”) viven de modo ejemplar su fe en Cristo Jesús, así como la caridad que resulta del mandamiento del amor. Consciente de ello, Pablo asegura a los “santos” de Éfeso y de las demás Iglesias que no deja de dar gracias a Dios por sus dones, porque es Él, mediante su Espíritu, quien alimenta la fe y la caridad de sus fieles (vv. 15-16).

A su acción de gracias, Pablo une una ferviente oración a Dios, pidiéndole que conceda a los destinatarios de la carta *«un espíritu de sabiduría»* que les lleve a conocerlo y a apreciar *«la esperanza que les da su llamamiento»* (vv. 17-18). ¿Qué “esperanza” es ésta? Es, evidentemente, la Vida eterna, la herencia prometida a quienes caminan con Jesús. La prueba de que el Padre tiene el poder para cumplir esta “esperanza” es lo que hizo con su Hijo Jesús: lo resucitó de entre los muertos, lo sentó a su diestra, lo exaltó y le dio soberanía sobre todo poder (vs. 19-21). Pablo piensa que si Dios hizo esto con Cristo, lo hará también con nosotros. La resurrección/exaltación de Cristo fue el primer fruto de la acción de Dios; Seguirá nuestra resurrección, que ya está incluida en la de Cristo.

Al llegar aquí, Pablo pretende subrayar que la “soberanía” de Cristo (que le fue dada por el Padre) se ejerce también sobre la Iglesia; y vuelve, para ilustrar lo que piensa sobre esta cuestión, a una imagen que ya ha utilizado en sus escritos: la de la Iglesia como “Cuerpo de Cristo”.

La idea de que la comunidad cristiana es un “cuerpo” – el *“cuerpo de Cristo”* – constituido por muchos miembros, ya había aparecido en las “grandes cartas” de Pablo (Romanos, Corintios), subrayando allí, sobre todo, la relación de los diversos miembros del “cuerpo” entre sí (cf. 1 Co 6,12-20; 10,16-17; 12,12-27; Rm 12,3-8); pero, en las “cartas del cautiverio” (especialmente Efesios y Colosenses), Pablo vuelve a la noción de “cuerpo de Cristo” para reflexionar sobre la relación que existe entre la comunidad y Cristo (cf. Col 1,18; Ef 4,15-16). En nuestro texto, concretamente (vv. 22-23), hay dos conceptos muy significativos para definir el marco de la relación entre Cristo y la Iglesia: el de “cabeza” y el de “plenitud” (en griego, *“pleroma”*).

Decir que Cristo es la “cabeza” de la Iglesia significa, ante todo, que ambos forman una unidad indisoluble y que hay una comunión total de vida y de destino entre ambos; significa también que Cristo es el centro en torno al cual se articula el “cuerpo”, desde el cual y hacia el cual el “cuerpo” crece, se orienta y se construye, el origen y el fin de este “cuerpo”; Esto también significa que la Iglesia/cuerpo está sujeta a la obediencia a Cristo/cabeza: la Iglesia depende sólo de Cristo y le debe obediencia sólo a Él.

Decir que la Iglesia es la “plenitud” (“pleroma”) de Cristo significa decir que en ella reside la “totalidad” de Cristo. Ella es el receptáculo, la morada, donde el Cristo total se hace presente en el mundo; Es a través de este “cuerpo” donde reside que Cristo continúa llevando a cabo su plan de salvación para beneficio de la humanidad cada día. Plenamente presente en este “cuerpo”, Cristo llena el mundo y atrae hacia Sí el universo entero, hasta que Cristo mismo “sea todo en todos”.

ACTUALIZACION

* El día que celebramos la ascensión de Jesús al cielo, Pablo pide a Dios que “ilumine los ojos” de nuestro corazón para que tengamos siempre presente “la esperanza a la que hemos sido llamados”. Es una petición que tiene sentido. Dominados por el cansancio del camino, seducidos por los atractivos de un mundo que vive “a largo plazo”, deslumbrados por el falso brillo de valores fugaces, podemos ceder a la tentación de caminar con la mirada fija en el suelo, limitándonos a dejarnos llevar y a disfrutar de algunas migajas de felicidad efímera. Pero la ascensión de Jesús nos habla de un proyecto de vida con dimensión de eternidad y plenitud. ¿Cuál es el escenario de fondo que domina nuestro camino: el de la tierra, siempre muy baja y limitada, o el amplio horizonte del mundo de Dios, desde donde nos llama nuestro hermano Jesús?

*Es bella y sugestiva la imagen de la Iglesia como “cuerpo” del que Cristo es la “cabeza”. Todos nosotros, miembros vivos de este “cuerpo”, estamos unidos a Cristo. Él es nuestro “centro”, nuestra referencia, nuestra fuente de Vida. La imagen nos recuerda también la comunión, la solidaridad y los lazos fraternos que unen a todos los que formamos este “cuerpo”, a pesar de las diferencias y distancias que puedan existir entre nosotros. ¿Están estas dos coordenadas presentes en nuestra experiencia de fe? ¿Buscamos mantener permanentemente nuestra conexión con Jesús y convertirlo en el centro alrededor del cual construimos toda nuestra existencia? ¿Nos sentimos conectados con nuestros hermanos en la fe y buscamos, con ellos y junto a ellos, vivir el mandamiento del amor que Jesús nos dejó?

*La Iglesia es la “plenitud” de Cristo. En Ella Cristo reside en el mundo y en Ella Cristo continúa ofreciendo al mundo la plenitud de la salvación de Dios. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo, cuando miran a la Iglesia, ¿encuentran a Cristo y la propuesta de salvación que Cristo vino a traer? Nosotros, como miembros de la Iglesia, ¿damos testimonio consistente y verdadero de Cristo y del Evangelio?

Lucas 24,46-53

En aquel tiempo, Jesús se apareció a sus discípulos y les dijo: “Está escrito que el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre se había de predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de esto. Ahora yo les voy a enviar al que mi Padre les prometió.

Permanezcan, pues, en la ciudad, hasta que reciban la fuerza de lo alto”.

*Después salió con ellos fuera de la ciudad, hacia un lugar cercano a Betania; levantando las manos, los bendijo, y mientras los bendecía, se fue apartando de ellos y elevándose al cielo. Ellos, después de adorarlo, regresaron a Jerusalén, llenos de gozo, y permanecían constantemente en el templo, alabando a Dios. **Palabra del Señor***

AMBIENTE

Después del arresto de Jesús (cf. Lc 22,47-53), los discípulos prácticamente habían desaparecido de la circulación. Pedro había seguido todavía a los soldados del Templo que llevaban a Jesús al palacio del sumo sacerdote, pero había negado cualquier relación con su Maestro (cf. Lc 22,54-62). Cuando Jesús murió en la cruz, “sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea estaban a distancia observando estas cosas” (Lc 23,49).

Luego, en la mañana de Pascua, las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea y que habían visto dónde estaba colocado el cuerpo de Jesús (cf. Lc 23,55-56), fueron al sepulcro, pero encontraron el sepulcro vacío y recibieron el anuncio de que Jesús estaba vivo. Fueron a comunicar la noticia a los demás discípulos de Jesús, «pero sus palabras les parecieron locura y no las creyeron» (Lc 24,11). Sin embargo, ese mismo día, Jesús se convirtió en compañero de viaje de dos discípulos que se dirigían a un pueblo llamado Emaús (cf. Lc 24,13-35); y, poco después, se apareció a los Once (cf. Lc 24,36-43). Es el reingreso a la escena del grupo de discípulos.

En el texto evangélico que la liturgia del Domingo de la Ascensión nos invita a escuchar, Jesús resucitado está con los discípulos y les deja sus últimas instrucciones (cf. Lc 24,44-49). Luego sube al cielo para encontrarse con el Padre (cf. Lc 24,50-53). La escena de la Ascensión de Jesús está situada “junto a Betania”. Betania (actual **al-Azariye**) es un pequeño pueblo situado en el lado oriental del Monte

de los Olivos, a unas dos millas de Jerusalén. En Betania vivían Lázaro, Marta y María, amigos de Jesús (cf. Jn 11; Lc 10,38-42).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas se refiere a la resurrección, a las apariciones de Jesús resucitado a los discípulos y a la ascensión al cielo como acontecimientos separados en el tiempo, vividos a lo largo de cuarenta días (cf. Hch 1,3). En el Evangelio, sin embargo, todos estos acontecimientos se sitúan en el espacio de un día, lo que parece más correcto desde el punto de vista teológico: no se pueden distinguir resurrección y ascensión; Son sólo formas humanas de hablar del paso de la muerte a la vida definitiva con Dios.

MENSAJE

Al despedirse de sus discípulos, Jesús comienza recordándoles que los acontecimientos de su pasión y muerte se inscriben en el designio de Dios (cf. Lc 24,44), expuesto en la Escritura: la Ley, los Profetas y los Salmos, las tres grandes “secciones” de la Biblia hebrea. Sí, según la Escritura, *“el Mesías tenía que padecer y había de resucitar de entre los muertos al tercer día”* (v. 46). De hecho, no hay textos en la Biblia hebrea que digan, en blanco y negro, que el Mesías tuvo que sufrir, ser muerto y resucitar al tercer día; Sin embargo, algunos textos del Antiguo Testamento (como los cantos del “Siervo de Yahvé” – cf. Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-11; 52,13-53,12) podrían servir como punto de partida para una reflexión de este tipo. De hecho, el mismo Jesús, mientras caminaba con sus discípulos por los caminos de Palestina, les había dicho repetidamente que tendría que sufrir, ser rechazado por las autoridades judías, ser muerto y resucitar al tercer día (cf. Lc 9,21-22; 9,43-44; 18,31-33). En aquel tiempo los discípulos, obsesionados con sus propios sueños de triunfo y de glorias humanas, se habían negado a escuchar las palabras de Jesús. Ahora, sin embargo, el escenario era diferente. Estaban en condiciones de comprender que la muerte de Jesús en la cruz era parte del plan salvador de Dios.

Esta comprensión fue fundamental para que los discípulos pudieran llevar a cabo la tarea que Jesús quería encomendarles. Enviados por Jesús, debían *“predicar a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados.”* (v. 47). Deben anunciar, en nombre de Jesús, que Dios ama a los hombres y les invita a dejar el egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia, el pecado; deberían proclamar en todas partes que Dios, mediante la cruz, cumplió su plan salvífico en favor de todos los hombres. ¿Cómo podrían ser “testigos” de todo esto si no hubieran comprendido el misterio de Jesús, el sentido de su vida, de su muerte y de su resurrección?

Por otra parte, el testimonio que los discípulos estarán llamados a dar tiene un alcance universal: no se limitará a las fronteras de Israel, sino que deberá extenderse a todos los pueblos y naciones. Lucas prepara aquí, desde el principio, el desarrollo que presentará en el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el que describirá cómo los discípulos de Jesús, saliendo de Jerusalén, llevaron el Evangelio a todas partes, hasta Roma, el corazón del imperio.

Jesús sabe, sin embargo, que los discípulos necesitarán ayuda para afrontar esta exigente misión. No les sería fácil, con sus frágiles fuerzas, enfrentarse al mundo y predicar a un crucificado por medio del cual Dios salvó al mundo y a los hombres. Por eso, Jesús promete a sus discípulos una ayuda especial: *«Yo les voy a enviar al que mi Padre les prometió»* (v. 49). Lucas nunca había hablado de esta “promesa” del Padre hasta ahora. Lo hará explícito, sin embargo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando sitúa a Jesús, en la escena de su ascensión al cielo, diciendo a sus discípulos que serían *«bautizados en el Espíritu Santo»* (Hch 1,5) y que recibirían *«el poder del Espíritu Santo»* para ser testigos del mismo Jesús *«en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra»* (Hch 1,8). Este “Espíritu” será, según la descripción que nos deja Lucas en los Hechos de los Apóstoles, el que guiará y animará a los discípulos de Jesús en su camino a través de la historia.

Finalmente, Lucas describe la ascensión de Jesús al cielo. En Mateo, la salida de Jesús tiene lugar desde “un monte” en Galilea (cf. Mt 28,16-20); En Lucas, sin embargo, la ascensión de Jesús se sitúa en las afueras de Jerusalén, “cerca de Betania” (v. 50). En ambos casos, las indicaciones geográficas están al servicio de la “catequesis” y de las preocupaciones teológicas. Para Lucas, Jerusalén es el lugar donde la salvación de Dios irrumpe en el mundo y desde donde esta salvación sale al encuentro del mundo. Por tanto, la ascensión de Jesús y el envío de los discípulos debían situarse en Jerusalén.

La descripción que hace Lucas de la ascensión es bastante sobria, incluso vaga. Está claro que, para Lucas, lo importante no es el reportaje fotográfico del acontecimiento, sino la indicación teológica: después de haber cumplido su misión entre los hombres, Jesús fue glorificado y volvió a entrar en la gloria de Dios.

Antes de ser llevado al cielo, Jesús “*bendijo*” a los discípulos (v. 50). Además de dar al momento una solemnidad especial, el gesto de bendición que hace Jesús sugiere un don que viene de Dios y que incide positivamente en todas las acciones de los discípulos, capacitados para la misión por la fuerza de Dios. Los discípulos responden a la acción de Jesús con adoración.

La nota final la da la “*alegría*” de los discípulos (v. 52). La alegría es uno de los temas típicos del tercer Evangelio. Aparece en el anuncio a Zacarías del nacimiento de Juan Bautista (cf. Lc 1,14); aparece cuando María, llevando a Jesús en su seno, va al encuentro de Isabel (cf. Lc 1,44.47); resuena en las palabras que el ángel dirige a los pastores cuando anuncia el nacimiento de Jesús (cf. Lc 2,10); está presente en los corazones de los discípulos cuando regresan de su primera experiencia misionera (cf. Lc 10,17). La alegría es el gran signo mesiánico y escatológico; Indica que el nuevo mundo ya ha comenzado, pues el proyecto salvador y liberador de Dios está en marcha. Es natural que Lucas concluya su Evangelio con esta nota: el plan salvífico de Dios se instala definitivamente en el mundo, llevando a los hombres al encuentro de la vida plena.

ACTUALIZACION

* La partida de Jesús, su entrada definitiva en el misterio del Padre, marca una nueva etapa en la historia de la salvación. En este día comienza el tiempo de la Iglesia, el tiempo en el que la responsabilidad de dar testimonio de la salvación de Dios recae en manos de los discípulos. Aceptaron la invitación de Jesús, estuvieron dispuestos a seguirlo, escucharon sus palabras, vieron sus gestos, aprendieron sus lecciones y se formaron en su “escuela”. Ellos conocen el plan de Jesús y lo han adoptado como su plan de vida. Es tiempo de mostraros adultos y responsables al vivir vuestra fe. No pueden continuar “caminando” con Jesús, esperando que Él lo haga todo. Ahora les toca a ellos continuar la obra liberadora y salvadora de Jesús en el mundo, con alegría, creatividad y compromiso. ¿Sentimos esta responsabilidad? ¿Somos capaces de superar nuestros miedos y nuestras vacilaciones, nuestra pereza y nuestra comodidad, para convertirnos en testigos coherentes y comprometidos de Jesús y de su proyecto?

*En el Evangelio según Lucas, Jesús envía a sus discípulos a predicar en su nombre “*a todas las naciones, comenzando por Jerusalén, la necesidad de volverse a Dios para el perdón de los pecados.*”. La misión de los discípulos es la misma que cumplió Jesús, por mandato del Padre: liberar a los hombres de las cadenas del egoísmo y del pecado y anunciarles el amor, la bondad, la misericordia y la ternura de Dios para todos sus hijos. Desde el momento en que Jesús se despidió de sus discípulos hasta hoy, han pasado alrededor de dos mil años; pero la tarea de los discípulos de Jesús sigue siendo la misma. ¿Es nuestro anuncio una “buena noticia” que nos libera del miedo y enciende la esperanza? ¿Proclamamos y testimoniamos el amor misericordioso de Dios? ¿Estamos comprometidos a luchar contra la injusticia, la violencia, el egoísmo, la indiferencia, todo lo que genera esclavitud y opresión? Los enfermos, los indocumentados, los presos, aquellos que ven constantemente pisoteados sus derechos y su dignidad, aquellos que son “marcados” y excluidos por ser “diferentes”, ¿pueden contar con nuestra solidaridad activa, nuestro amor, nuestro esfuerzo para liberarlos de la opresión del “pecado” y llevarles la Vida?

*La misión que Jesús confió a sus discípulos es una misión universal: las fronteras, las razas, las diferencias culturales, las diferencias ideológicas, las diferencias de estatus social, las marcas de la vida, los “accidentes” personales que hacen a cada persona única y diferente, no pueden ser obstáculos para la presencia de la propuesta liberadora de Jesús en el mundo. ¿Somos conscientes de que Jesús nos envía a todas las personas, independientemente de lo que las hace diferentes, “extrañas”, únicas? En nuestras comunidades cristianas, ¿hay espacio para todos, independientemente de sus situaciones de vida o de las heridas que llevan?

*Cuando llegó el momento de su partida hacia el Padre, Jesús prometió a sus discípulos que les enviaría al prometido por el Padre, el Espíritu Santo, que los revestiría de «poder desde lo alto». Por eso, los discípulos de Jesús no quedaron solos ante una obra colosal, que los abrumaba por su dificultad y

envergadura. Los discípulos de Jesús están, en cada paso del camino que recorren, animados y guiados por el Espíritu de Dios, el mismo Espíritu que animó a Jesús y le dio la fuerza para realizar el plan salvífico del Padre para la humanidad. Aunque somos conscientes de nuestra fragilidad, afrontamos las dificultades con la certeza de la presencia del Espíritu de Dios en nosotros, que nos indica el camino a seguir, nos anima y nos fortalece. ¿Sentimos la presencia reconfortante del Espíritu en los momentos en que la duda, el miedo y el desánimo llaman a nuestra puerta y amenazan con abrumarnos? ¿Buscamos escuchar la voz del Espíritu y caminar en la dirección que Él nos señala?

*Después de presenciar la partida de Jesús, los discípulos “regresaron a Jerusalén con gran alegría”. La alegría que brilla en los ojos y en los corazones de estos discípulos que presencian la entrada definitiva de Jesús en la vida de Dios debe ser una realidad que se trasluzca en nuestra vida y contagie nuestro testimonio. Los seguidores de Jesús, iluminados por la fe, están llamados a testimoniar, con su alegría, que Jesús venció la muerte y el pecado y fue glorificado por Dios; están invitados a testimoniar, con su alegría, la certeza de que les espera, al final del camino, la vida en plenitud, la misma vida donde ya está Jesús; Están llamados a testimoniar, con su alegría, que el proyecto salvífico y liberador de Dios está actuando en el mundo, está transformando los corazones y las mentes, está dando a luz, día a día, al Hombre Nuevo. ¿Somos testigos gozosos de todo esto entre nuestros hermanos?